

Luciano Sívori  
**UN VERANO  
PARA RECORDAR**





**Editorial de la Universidad  
Nacional del Sur**  
ediuns@uns.edu.ar  
www.ediuns.uns.edu.ar



**Red de Editoriales  
de Universidades nacionales**

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

LIBRO UNIVERSITARIO ARGENTINO

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Bahía Blanca, Argentina, Marzo 2013.

© 2013 EdiUNS

## CONTACTO

9 de febrero de 2011

Era su sexto día en Puerto Madryn y Nicolás finalmente tomó coraje para ir a la reconocida “fuente de los deseos” del lugar, la histórica *Fuente de la Libertad*. Diseñada por el famoso arquitecto Félix Balzaol, y ubicada a unos siete kilómetros del centro de la ciudad, sobresalía con sus quince metros de alto y era un verdadero espectáculo acuático. El agua caía en tres etapas, generando pequeñas pero admirables cascadas. El basamento estaba completamente recubierto por plantas y musgos. Su estilo barroco clásico la hacía ver grandiosa, majestuosa. En Europa, los artistas renacentistas mostraron su ingenio y destreza en hermosos diseños de fuentes, tanto públicas como privadas, culminando en desbordantes y complejos conjuntos escultóricos; Balzaol quiso representar así un poco de la cultura europea que se encuentra indefectiblemente arraigada en todos los argentinos.

La *Fuente de la Libertad* era, como muchas otras, un lugar de encuentro que propiciaba las relaciones sociales de la comunidad y –por supuesto– el turismo. Miles de extranjeros pasaban cada año para admirarla y tomar fotografías.

Para muchos simbolizaba la *Fontana di Trevi* argentina; en efecto, ya era costumbre arrojar monedas para asegurar el regreso a la turística ciudad.

A Nicolás, en realidad, no le interesaban demasiado el arte o la arquitectura; sin embargo, al verla quedó claramente impactado. De cualquier manera, su verdadero anhelo no era regresar a la ciudad, sino algo completamente distinto, y estaba convencido de que la fuente se lo iba a conceder. No era el único que creía en los poderes mágicos del pozo de los deseos, una pareja que recorría el lugar también se detuvo allí y ambos arrojaron adentro una moneda de un peso.

—Es para desear buena suerte en nuestra boda— señaló el hombre, sonriéndole a Nicolás ni bien lo notó.

—Nos casamos la semana que viene— agregó ella, eufórica, con el brazo levantado y reluciendo un anillo de compromiso— esta es nuestra luna de miel previa.

Nicolás pensó un momento antes de responder, y finalmente habló.

—¡Me alegro por ustedes! No es tarea sencilla encontrar a su alma gemela.

La pareja siguió su camino y al poco tiempo se encontraba solo nuevamente. Parado en el artesanal pozo, sintió de pronto algo en sus pies. Al bajar la mirada notó que era una pelota de fútbol. Con una decidida patada se la acercó a un grupo de siete u ocho chicos que jugaban en el pasto, los

arcos hechos con mochilas y ropa. Tomó su billetera y encontró que solo tenía unas pocas monedas y ni un mísero billete. Cerró los ojos y pensó en todos los eventos que lo habían llevado hasta allí. Recordó el libro de Estadística, a Valentina y al Viejo Cansado... por fin tomó una moneda de cincuenta centavos, “la” moneda de cincuenta centavos, y la miró con fijeza. Llevaba varios meses guardándola; ya era momento de dejarla ir. La levantó como si fuera frágil y la dejó caer con suavidad en la fuente.

Esperó un momento a que algo sucediera... algo mágico quizás. “Vamos, Universo... conspirá para mí”, suplicó. Durante unos minutos volvió a cerrar los ojos, pero al abrirlos no vio ningún cambio. Los niños seguían corriendo detrás de la pelota y los novios seguían paseando por los alrededores. De todas formas no se decepcionó: el Viejo Cansado le dijo claramente que “no era la fuente la que cumplía los deseos, sino el camino que se hacía hasta llegar”... o algo así (de eso hacía ya varios meses y no lo recordaba con precisión).

Eran las cinco de la tarde, y el día estaba radiante: una brisa ligera movía el aire, y el sol brillaba a media altura, tibio y claro entre los troncos de los árboles. Nicolás regresó a la parada del colectivo, justo cuando el transporte se acercaba.

— ¿En cuánto está el boleto hasta el centro?— preguntó.

— Dos veinticinco, muchacho— respondió, serio, el chofer.

Abrió de nuevo su billetera y contó el dinero... solo dos pesos en monedas. “Genial”, rezongó automáticamente. Des-

ahuciado, le pidió al colectivero que se la dejara pasar por esa vez. Prometió que le pagaría la próxima, pero la respuesta fue una rotunda negativa basada en que “eso no dependía de él”. Se sintió enfadado, pero no le quedaba otra cosa que hacer. La caminata le llevaría unos cuarenta minutos a pie, calculaba, pero no le vendría tan mal. Además, era una tarde espléndida.

Mientras caminaba de vuelta, Nicolás filosofó sobre muchas cosas, como solía hacer la mayor parte del tiempo. En esos días se encontraba leyendo *El Alquimista* de Paulo Coelho, un libro que lo fascinó. Él era amante de las frases y citas de autores famosos, las coleccionaba con celo en su mente y siempre encontraba una apropiada a la situación que vivía. Para él, una cita era como una fotografía: decía más que mil palabras, era capaz de resumir toda una idea o pensamiento en solo una poderosa oración.

En aquel momento recordó la frase de Coelho que lo venía persiguiendo: “Cuando realmente quieres algo, el Universo conspira para que lo obtengas”. Él quería algo desde hacía mucho tiempo y estaba convencido de que el Universo se lo iba a terminar mostrando, tarde o temprano. En tantas ocasiones se sintió identificado con Santiago, el humilde pastor con corazón de guerrero, un caminante recorriendo el mundo en busca de un tesoro... ¿De verdad el Universo conspiraba a su favor? A él le gustaba creer que sí, y por ese motivo estaba siempre muy atento a lo que llamaba las *señales*: casualidades, sueños, sensaciones, personas o eventos que disparaban algo adentro suyo, algo que le decía a dónde ir o cómo actuar.

A lo largo de sus diecinueve años de vida, Nicolás discutió con mucha gente sobre esos temas; más de lo que podía recordar. Otros veían a la suerte como un resultado satisfactorio obtenido gracias a una pata de conejo o a un trébol de cuatro hojas; una creencia espiritual casi sobrenatural, una oración, una oportunidad... una consecuencia. Él sentía pena por todos ellos, era la excusa de los mediocres. Los consideraba desafortunados por estar esperando el milagro, y no buscándolo por ellos mismos. El Universo brinda las *señales* –reflexionaba– pero uno debe estar alerta para identificarlas.

Venía sumergido en lo profundo de sus pensamientos cuando cuatro chicos de su edad lo rodearon con sigilo; para cuando los notó ya era demasiado tarde.

—Amigo, ¿tenés fuego?— preguntó el que claramente lideraba al montón.

—No fumo— respondió Nicolás con brusquedad, sin dejar de caminar.

—No te hagas drama –dijo otro– ¿de dónde sos, pibe?

Nicolás se sentía visiblemente incómodo. ¿Querían robarle? Razonó que prefería no estar ahí para enterarse. Intentó seguir su camino pero el líder lo bloqueó.

—¿Estás apurado, amigo? Tranquilo, no queremos plata... de eso tenemos bastante –miró a su grupo esperando las risas cómplices que no tardaron en llegar– hay una cosa que me molesta igual.

—¿Qué cosa? ¿Que tu vieja sea idéntica a tu viejo, solo que con barba?— se burló Nicolás, ahora decidido a cavar su propia tumba.

Por las ropas que vestían dedujo que, en efecto, eran gente adinerada con ganas de buscar pleito. Si iba a haber pelea, resolvió, por lo menos se defendería.

Todos, menos el líder de la “Banda de los Ricachones” (Nicolás y sus amigos los bautizarían así más tarde) rieron con el insulto, pero una furtiva mirada del cabecilla los volvió a callar. No tenía forma sencilla de escapar, los cuatro formaban un bloqueo perfecto, estaban demasiado cerca y eran bastante más altos que él. A esa distancia, podía oler perfectamente los caros perfumes y ver con claridad los logos de las marcas más reconocidas de ropas y zapatillas. ¿Estaban realmente decididos a ensuciarse por un don nadie?

—Muy gracioso —prosiguió el líder— lo que me molesta es que todos los veranos pasa lo mismo: los turistas vienen de visita, ensucian nuestras playas, vomitan nuestras plazas y se quedan con nuestras mujeres. Eso es lo que me molesta.

—¿Turistas? Yo soy de acá —mintió Nicolás, con algo de burla aún.

—Sí, claro... si fueras de acá sabrías que esta no es zona de turistas. De hecho, sabrías que...

Nicolás lo interrumpió de golpe.

—¿Sabés qué? Estoy medio apurado, prometo que la



próxima vez hablamos. Aunque si me ves, avísame; nunca me olvido de una cara, pero en tu caso voy a hacer una excepción— formuló parafraseando a Marx.

Era hombre muerto; entendía que era un error, un grave error, pero consideraba mejor caer insultando que pidiendo misericordia. Se movió con rudeza, empujando al líder, y comenzó a caminar con paso firme. Solo llegó a dar dos pasos cuando sintió como si algo muy pesado le cayera sobre la cabeza; se desplomó en el piso y observó con impotencia cómo varias zapatillas Nike lo golpeaban en la espalda, estómago y piernas. El polvo se empezaba a levantar y Nicolás se debatía entre dejar de cubrirse la cabeza con las manos y salir a pelear (lo cual lo llevaría a recibir más golpes pero le permitiría repartir algunos también) o tratar de salir corriendo. Al final lo resolvió con las palabras que le decía siempre su viejo: “Soldado que huye, sirve para otra batalla”. Así, en cuanto tuvo la posibilidad se incorporó y disparó hacia delante.

Nunca fue un gran atleta pero aquella vez corrió como si lo fuera. En poco tiempo cubrió más de cinco cuadras hasta quedar cerca del hostel donde sus amigos lo esperaban. Cuando el corazón le pidió un descanso, miró hacia atrás y no vio a nadie. Salvado. Caminó con premura otras cuantas cuadras hasta llegar a la entrada del hostel. Entró y fue hasta el living común.

Nicolás, Pablo y Agustín eran mejores amigos desde hacía más de cuatro años. Cuando los conoció, Pablo se pre-

sentó a sí mismo como “Dedos”, y de esa manera lo empezaron a llamar todos. Le gustaba bromear diciendo que el extraño apodo aludía a que él lograba (como un gánster sacado de *El Padrino*) lo que quisiera solo con un chasquido de sus dedos. En verdad era su particular homenaje a sí mismo, por lo que le confesara su última novia en la intimidad: que poseía “dedos mágicos” que la llevaban a los más altos niveles de placer.

Pablo era un muchacho alto y delgado, con una cabellera larga y dorada que deseaban las mujeres y envidiaban los hombres. No obstante, a pesar de su buena apariencia, se le consideraba una persona bastante tranquila, y si bien podría haber tenido muchas mujeres a su merced, solo compartió su tiempo con unas cuantas.

Agustín no era tan alto como Dedos, pero sí como Nicolás. De los tres representaba, por lejos, al extrovertido del grupo. Desde el momento que perdiera su virginidad, y eso fue a los catorce, se dedicó de lleno al ejercicio de conocer mujeres, al punto de convertirlas en su pasión. A diferencia de Dedos, las veía como un objeto sexual, por lo que las quería a todas... fueran como fueran. Nicolás lo apodó “el Máquina”, por ser una máquina del sexo (según él), pero en realidad el apodo simbolizaba más su personalidad social y salidora, y su amplia capacidad para entablar conversaciones sobre cualquier cosa con todo el mundo. El Máquina era quien los llevaba a fiestas, boliches y eventos sociales... el miembro más activo del grupo. De haber sido por Nicolás y Dedos, permanecerían todos los fines de semana jugando videojuegos.

Nicolás era el único del grupo que no había heredado apodos. Se trataba de un muchacho bajo y de rulos, tímido y soñador, el más introvertido de ellos. Durante su adolescencia pasó gran parte de su tiempo encerrado en su cuarto, en vez de hacer deportes o actividades sociales. Eso lo llevaba a sentirse como el “patito feo” del grupo, el que siempre quedaba tercero no solo en cuanto a mujeres, sino también con los deportes y los estudios. Era extraño, pero lo cierto es que ninguno de sus amigos lo veía así; al contrario, él era el líder, y el Máquina y Dedos lo seguían a donde él sugiriese.

Un año antes cada uno había ingresado a la Universidad en ramas totalmente distintas. Dedos a Medicina, con el objetivo de convertirse en cirujano en el futuro (como su padre); el Máquina se decidió por Licenciatura en Economía, pues le gustaba bromear que siempre fue bueno para “manejar el dinero de otros”, aunque la realidad es que desde chico siempre manifestó fascinación por esa disciplina (aunque sus padres nunca terminaran de convencerse con la decisión); mientras que Nicolás optó por la Ingeniería Química, pero todavía no estaba muy seguro de su decisión.

Los tres tuvieron un buen primer año académico. Ahora, a semanas de comenzar su segundo año, se encontraban disfrutando de los últimos días de vacaciones en Puerto Maldryn, una idea que era exclusivamente de Nicolás.

Sí, Nicolás era el líder, la persona a quien todos miraban con llano respeto. Nadie lo expresaba en voz alta porque

no hacía falta, pero él era el de las ideas maravillosas, el que recordaba las anécdotas olvidadas, el que siempre tenía un plan para los lluviosos días aburridos y, de algún modo extraño, Dedos y el Máquina sentían algo reconfortantemente adulto en Nicolás, algo que ellos aún no adquirirían. Por eso cuando Nicolás sugirió visitar Puerto Madryn, sus amigos lo aceptaron sin chistar.

Puerto Madryn es considerada una de las ciudades más turísticas de la Patagonia Argentina, en particular por la oportunidad que brinda a visitantes de todo el mundo para el avistaje de los más sorprendentes animales marinos y costeros. Además, es la puerta de entrada a la península de Valdés, que en 1999 fue designada como Patrimonio Natural de la Humanidad.

Toda aquella información la desplegó Nicolás ante sus amigos con el objetivo de persuadirlos, al verlos remisos, pero lo que en última instancia los convenció fue cuando les dijo que él quería ir allí. Y si Nicolás quería ir a Puerto Madryn, allí irían todos en sus vacaciones de verano. No necesitaban más motivos.

Los ochenta mil habitantes de Puerto Madryn llegaban a duplicarse durante las vacaciones de verano e invierno. Si para el argentino promedio se trataba de una ciudad que se percibía como costosa, para tres estudiantes sin trabajo lo era en efecto. Por ese motivo, decidieron realizar un “viaje gasolero”, que no es más que otra forma de decir “viajar ba-

rato". Sus técnicas eran varias, e iban desde utilizar cupones de descuento hasta basar su dieta en fideos, atún con galletitas y barras de cereal.

Los primeros cinco días estuvieron acampando, pero luego decidieron ir a un hostel los últimos días, con el único fin de estar un poco más cómodos.

El trío encontró excelentes críticas de aquel albergue juvenil en distintos foros de Internet, por lo que, sin dudarlo, decidieron reservar de antemano tres camas para sus últimos dos días allí. El lugar contaba con mesas de pool, barras, computadoras, pantallas de cuarenta pulgadas y un gran living común plagado de sillones. A ochenta pesos la cama por día, era verdaderamente un lujo que solo podían pagar por poco tiempo. Era su primera vez en un hostel y el concepto los maravillaba: compartían habitaciones, baños y cocina con extraños de todo el mundo, y todos estaban muy deseosos de charlar y compartir experiencias. Durante su estadía conversaron con dos canadienses, un español, tres franceses y varios brasileños, así como con jóvenes de toda la Argentina.

Cuando Nicolás entró, cubierto de polvo y lastimado, el Máquina y Dedos se encontraban sentados cada uno en un sillón individual. Agustín fue el primero en verlo y de inmediato cerró su celular y lo guardó en el bolsillo.

—¡Hola! ¿Qué te pasó? Te esperábamos hace horas...

—Problemas técnicos: cuatro flacos me miraron mal y de pronto me dieron unas ganas terribles de repartir golpes —respondió con sarcasmo.

Dedos lo miró preocupado al notar la ropa sucia y polvorienta.

—¿Estás bien? ¿Te sacaron algo?

—No, tenían ganas de pegarle a alguien nada más, y yo justo estaba en la línea de fuego. No pasó nada. Por lo menos pude llegar hasta la fuente. ¿Qué hacían? ¿A quién le escribías Máquina... una de tus chicas?

Agustín se sorprendió con el rotundo cambio de tema.

—Nadie. Una piba que conocí allá en Neuquén. Me anda extrañando, parece —expresó con arrogancia.

—¿No será la Chica del Bosque, no? —lo consultó, pícaro, Nicolás.

—¡Esa sí que quedó para la historia! —bromeó el Máquina.

Se trataba de una chica a la que Agustín conoció en una parada de colectivo. Después de charlar durante el viaje hacia la Universidad, ella lo besó en la boca delante de toda la gente y luego corrió hacia los bosques detrás de la facultad. Nunca más supieron de ella. Los tres amigos tenían la costumbre de poner apodos tanto a las mujeres con las que andaban como a los chicos que despreciaban, era una especie de código de humor interno. Así, la desconocida llegó a ser la Chica del Bosque.

—No, no es ella, es una piba de mi carrera... nadie importante —mintió Agustín, al tiempo que Dedos le largaba una fugaz mirada de disgusto.

Nicolás, de pronto, comenzó a retorcerse de dolor, aunque intentó disimularlo. Poco a poco sentía que el cuerpo se le iba hinchando. Dedos cambió el tema otra vez.

—Nicolás, al final no sacamos las entradas porque no sabíamos dónde andabas, te llamamos pero...

—Me dejé el celular en la habitación, perdón.

—Sí, me imaginé. Cuestión que no sé si habrá entradas a esta hora para la fiesta electrónica, y yo realmente quería ir... —se lamentó.

—Para encontrarse con la rosarina, seguramente —agregó el Máquina entre risas.

—Y además porque se supone que iba a estar muy buena —agregó Pablo— en fin, ya no importa. Podemos ir a otro lado de última, el boliche al que fuimos ayer me gustó bastante.

—¿Razor? —preguntó retóricamente el Máquina—. Sí, está interesante... y hay unas chicas di-vi-nas.

Nicolás escuchaba la conversación sin meter bocado, sentía demasiado dolor para siquiera importarle. Solo quería tragar un antiinflamatorio, bañarse y dormir por un par de horas. El Máquina le alcanzó el paquete de galletitas y notó su incomodidad.

—¿Estás seguro de que estás bien? Te ves terrible.

—Estoy un poco adolorido nada más. La verdad es que me dieron una paliza bárbara, ¡qué mala suerte la mía!

—Pensé que ibas a decir algo del estilo “sucedió por alguna razón” —argumentó Dedos, burlón.

—Estoy seguro de que sí —dijo, al tiempo que se sentaba en el suelo— pero todavía no lo termino de comprender.

Una chica rubia pasó al lado de los tres y saludó en general, aunque mirando especialmente a Dedos, quien por un momento quedó embobado. Se trataba de una señorita de veintiún años, extraordinariamente bella, de pelo rubio y grandes ojos azules. Era oriunda de Rosario, para muchos la capital de las mujeres más lindas de la Argentina. Ella y Pablo venían teniendo largas charlas desde temprano, pero la cosa no iba más allá por ahora. Esta noche, la última de sus vacaciones en Puerto Madryn, sería clave para llevar las charlas hacia algo un poco más íntimo... pero solo sucedería si todos llegaban a la fiesta electrónica. Cuando Pablo volvió en sí se incorporó otra vez a la conversación.

—¿Y? ¿Al final apareció tu alma gemela después de pedir el deseo?

—No automáticamente, pero no fui por el deseo sino por el viaje. Ya se los expliqué.

—¡Por Dios, qué misterioso! Nos hiciste venir a Puerto Madryn solo para visitar esa maldita fuente, más vale que algo pase.



—Algo va a pasar, quedate tranquilo. Y de todas formas, decime si no valió la pena el viaje —adujo Nicolás, indicándole a la rosarina que se encontraba unos metros más atrás.

Pablo estuvo de acuerdo y agregó:

—Son unas vacaciones para el recuerdo... demasiadas historias.

—El perro parado arriba del auto, la gorda que no se podía sacar de encima Nicolás... — comenzó el Máquina su recuento.

—El pleno que saqué en el casino, el partido de tejo que les ganamos a aquellas chicas... — siguió Nicolás.

—Y cómo olvidarnos —concluyó Dedos— de toda la magia que desparramamos jugando al vóley en la playa. Pero aún así, esos son detalles. La verdad es que te seguimos ciegamente hasta acá para apoyar tus raras creencias.

Dedos y el Máquina ya estaban bastante acostumbrados a las extrañas teorías de su amigo. Unos meses atrás, cuando Nicolás les propuso realizar sus épicas vacaciones de verano en Puerto Madryn, los endulzó, entre otras cosas, hablándoles de sus hermosas playas, grandes boliches y la posibilidad de tomar clases de buceo por primera vez (cosa que nunca hicieron al descubrir que su presupuesto no alcanzaba). Recién el último día, cuando ya estaba todo armado, les confesó que en realidad quería ir porque recibió una

Señal: un viejo le habló de una fuente de los deseos. Claro, a sus amigos no les importaba el motivo, solo irse a algún lado juntos. “Va a ser un verano legendario”, afirmó el Máquina entonces, con emoción.

—Me voy a bañar y a dormir un rato— musitó por último Nicolás, incorporándose con un gesto de dolor— si no me levanto solo, despiértenme a las nueve para comer algo.

—Sí, quedate tranquilo que te avisamos. ¡Descansá! — lo alentó Agustín.

—Yo también me voy. Quiero ver si puedo hablar un poco con Paula —anunció Dedos, levantándose de su asiento.

—De verdad te gusta esa rosarina, ¿no? —preguntó el Máquina cuando ya Nicolás iba lejos.

—En parte sí —confesó sin vergüenza— pero además me obliga a pensar en ella y no en otras cosas. Me gusta poder ocupar mi mente con algo más. ¡Nos vemos después!

Dedos se acercó a la rubia (que se encontraba con otras chicas) y la saludó. Las amigas reconocieron de inmediato la situación de cortejo que estaba ocurriendo y se alejaron con discreción.

—¿Cómo va todo, Pablo? —saludó ella con una sonrisa radiante.

—Un poco triste, para ser sincero. Al final no sacamos entradas para la fiesta electrónica, así que me parece que vamos a ir a otro lado.

—Uh... no me digas. ¡Qué lástima! Nosotras vamos a ir seguro, pero por ahí nos podemos ver después, ¿no?

—Sí, seguramente salgamos un rato a algún otro boliche. Ayer fuimos a Razor y nos gustó mucho.

Paula se acercó con disimulo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? Hoy me quedé pensando todo el día... ¿cómo estás? Digo... por ese tema que me contaste hoy temprano. ¿Decidiste qué vas a hacer al final?

El rostro de Pablo se tornó oscuro, aún no contaba con una solución a su problema y le irritaba tener que pensar en ello.

—Todavía estoy trabajando en eso. No sé bien qué hacer con la información que tengo, cómo debería reaccionar o qué debería hacer. A veces siento que era más fácil cuando vivía en la ignorancia.

—Sí, te entiendo... debe ser horrible.

—Creo que me voy a seguir quedando en lo de mi amigo Agustín por unos días —prosiguió.

—¿Cuál es Agustín? ¿El más petiso? ¿El morocho? —quiso saber ella.

—No, no. Ese es Nicolás. Agustín es el alto y más corpulento.

—¡Ah! ¡Está lindo Agustín, eh! —bromeó—. Varias de mis amigas ya le pegaron el ojo.

—Sí, tiene buen físico y encima muy buen humor; las chicas hacen fila para estar con él.

Paula lo miró de reojo con aire sugestivo.

—Emm... sí, qué se yo. No es de mi estilo, igual.

Dedos acomodó su almohadón, preparado para responder de manera adecuada al evidente flirteo, cuando ella se levantó casi de un salto. La sonrisa de Pablo se fue desvaneciendo a medida que veía cómo aquella belleza se le escapaba, una vez más, de las manos. Se estaba retirando del lugar sin siquiera despedirlo. ¿Dijo algo malo? Dedos pensó que quizás su charla la desinteresaba; pero en eso ella dio media vuelta y sentenció:

—Es una lástima que no vayas a la fiesta conmigo esta noche. Podrías haber tenido suerte —y le guiñó un ojo.

Dedos quedó helado, feliz... pero helado al fin; qué lindo poder despejarse un poco. Era la primera vez en días que se encontraba tranquilo y sin preocupaciones. Sonrió alegre, sacudió la cabeza y fue en busca de sus amigos.

\*\*\*

Por la noche, el trío terminó yendo al mismo boliche que la noche anterior, Razor, un establecimiento bailable de entrada libre, aunque con tragos demasiado caros (compensando el costo de la entrada gratuita). Los tres entraron

juntos y estuvieron un tiempo bailando, pero a la hora ya andaban separados. La situación apestaba, en particular para Nicolás, quien se vio solo en medio de la pista. Intuyó que el Máquina ya estaría hablando con alguna joven modelo y Dedos podría haberse ido del boliche, en un nuevo intento de encontrar a su querida rosarina.

En ese momento, como en muchos otros, deseó no ser tan gallina. Le hubiese gustado tener la habilidad de hablar con cualquier chica sin sentirse estúpido, de poder bailar libremente sin sentirse observado. Fue el último de sus amigos en perder la virginidad y nunca había tenido novia: su autoestima estaba por el suelo, con justa razón. Por lo general, le tocaba volver solo a su hogar, dejando a Dedos y al Máquina ocupados con las mujeres que conocieron en esa ocasión, por lo que no sería nada extraño que ahora fuese a ocurrir lo mismo. Sin embargo, algo le decía que no tenía que irse del lugar todavía. Fue entonces cuando los vio.

No cabía ninguna duda; el movimiento constante de tanta gente hacía algo difícil precisar rostros, pero los que Nicolás divisaba del otro lado de la pista correspondían a dos de la Banda de los Ricachones. Miró a su alrededor, anhelando tener a sus amigos al lado. Continuó observándolos por un rato y un sentimiento de ira lo fue cubriendo hasta colmarlo por completo; quería golpearlos, devolverles algo de lo recibido. Siguió buscando con la mirada a sus amigos, pero no estaban por ningún lado. Pensó en escribirles, pero para cuando leyeran el mensaje y llegaran sería demasiado tarde.

Analizó sus posibilidades: si se mandaba a pelear solo no le podía ir peor que contra cuatro, eso estaba claro. Se le ocurrió por lo menos volcarles encima el fernet que tenía en sus manos, arruinarles sus lujosas ropas. No estaba pensando con claridad, la sed de venganza le nublabo el juicio y las opciones más ilógicas empapaban su mente. Hasta que al fin tomó coraje y decidió encararlos: un día tan malo no podía ponerse peor.

Al ritmo de una pegadiza cumbia, comenzó a avanzar decidido. Con su mano libre iba abriéndose camino entre la gente y cada paso lo acercaba más hacia su objetivo. Uno de los dos era el que actuaba como líder en la banda; hacia él se arrojaría primero. No faltaba mucho, estaba solo a unos metros y no les quitaba los ojos de encima. “A uno le tiro el fernet encima y a otro lo golpeo directo en la nariz”, analizó en su mente. Calculaba con suerte poder dar unos cuantos golpes antes de que los guardias lo retiraran del lugar. Recordó las lecciones de pelea que alguna vez recibiera de Dedos y en los brillantes consejos del Máquina: “Nunca bajas la guardia”, “Siempre apuntá a la nariz” y –su preferido– “Si tenés un palo, mejor”. No vio ningún palo cerca, pero estaba decidido a apuntar a la nariz. Tomó un poco más de velocidad en su andar y ya se encontraba cerca... diez pasos, ocho pasos... seis, cinco, cuatro, tres, dos...

Una chica se cruzó justo en su camino. Nicolás no pudo evitar chocarla. Él trastabilló, ella fue a dar rotundamente al piso. No le quedó otra que intentar ayudarla a levantarse.

—¡Mirá lo que me hiciste, idiota! —se le notaba la furia en el rostro.

—Perdón... perdón... Te juro que no te vi. No fue mi intención ¿Estás bien?

—¿Bien? ¿Y a vos qué te parece, genio?

—Dejame ayudarte, te pido mil disculpas.

Era obvio que se sentía adolorida. Era de complejión delgada y no mediría más de un metro sesenta y cinco. Poca masa molecular para aguantar toda la energía acumulada en el avance rabioso de Nicolás. Con sus continuas disculpas, ella terminó calmándose.

—Ya está, no te hagas drama.

—No, fue mi culpa. Estoy teniendo el peor día, y esto termina de completarlo.

—Son cosas que pasan, y lo que más me duele es que me hayas hecho tirar mi cerveza. Mirá... —parecía apiadarse de él ahora— hagamos una cosa. Yo te perdono pero me vas a tener que comprar el trago que me tiraste. ¿Te parece?

Al verla a los ojos comprendió que era una muchacha sumamente atractiva; lo suficiente como para alegrar al náufrago de Stevenson y distraer a Sherlock Holmes de sus deducciones, se le ocurrió comparar. Tenía pelo castaño claro, ojos de miel y una mirada encantadora.

—Me parece una excelente idea —concluyó, aceptando la propuesta.

—Además, a vos también se te cayó tu trago, admito que en parte tuve la culpa por ir apurada. Necesito ir afuera, el humo me está matando.

Nicolás ya no recordaba el fernet que llevaba en las manos. ¿Cuál fue el destino de su vaso? ¿Dónde fue a dar? Le dedicó un segundo a las preguntas, luego se ocupó en la hermosa chica a la que debía acompañar.

—Dale, vamos... te acompaño afuera y te restituyo el trago. Es lo menos que puedo hacer.

Mientras ambos salían hacia la barra del patio, Nicolás vio una escena desopilante: los dos chicos de la Banda de los Ricachones enfurecidos, con sus ropas tan oscuras como sus caras. Entendió de golpe lo sucedido: por su choque no cumplió con la venganza planeada, pero el fernet fue a dar sobre sus ropas. Ya solo faltaba darles una paliza, pero no era el momento propicio.

—Me llamo Emilia, por cierto —informó ella, sacándolo de sus cavilaciones.

—Ah, sí. Bien, y yo soy Nicolás, mucho gusto —y al decir esto sonrió al recordar que Emilia no llevaba ningún trago en su mano cuando él la arrolló en su camino.

Ese detalle le produjo algo muy parecido a la felicidad: un momento de euforia y triunfo en el que intervino Isaac Asimov, mostrándole una frase leída tiempo atrás: “La suerte favorece solo a la mente preparada”. Y se sentía muy prepa-



rado desde hacía varios meses, y más ahora al entender que todo lo que ocurría no era un simple acto de la suerte, sino algo más. Recordó al Viejo Cansado y en su mente le concedió la razón. Ahora estaba seguro: Emilia tenía que ser su alma gemela, el amor de su vida.

